

OTRA VEZ CON EL CUENTO

MARÍA FERNÁNDEZ OSTOLAZA



DE LOS ORÍGENES

Tenía alrededor de siete años y corría por casa de mano en mano un libro titulado *Héroes en zapatillas*, de Angel Pisani [1]. Mitad libro de cuentos, mitad cómic, contaba en cada dos páginas la historia de un héroe. Midas, Diógenes, Aquiles, Ulises, Pitágoras y otros muchos de épocas posteriores de Rómulo en adelante. Mi incapacidad para la lectura por aquel entonces se debía a una dislexia, compañera de mi vida. Nunca lo leí, solo atendía a los dibujos.

La no lectura de aquel libro quedó fijada en mí hasta convertirse en una especie de deseo --en el mejor de los casos-- si no mandato obsesivo: tengo que leer *Héroes en zapatillas* como el resto de mis hermanos.

Muchos años después, ya en la universidad, me volví a topar con el cuento. Se me presentaba una nueva ocasión, pero para qué leer un cómic que me aportaría tan poca información y rigor. Con el tiempo he podido cuestionarme el prejuicio de confundir forma y rigor, ayudada por la *Breve historia del mundo* [2], un libro para niños que escribió el magnífico Gombrich para ganarse la vida cuando era joven y pobre.

A mí me gustaba la Historia Contemporánea, quizá por eso mis conocimientos sobre mitología griega seguían siendo paupérrimos. Eran los años ochenta y no teníamos internet, si querías saber algo, ibas a la biblioteca y consultabas la *Enciclopedia Británica*, y, si estabas en casa, el *Monitor* de Salvat.

Si leyera *Héroes en zapatillas*, en algún caso extremo podría disimular la falta de preparación que siento, pensaba. No puedo andar por el mundo sin saber quién es Hércules. Y, a pesar de este razonamiento aplastante, no lo leí. La duda creció: si lo leo ahora, dejaré de leer lo que me corresponde y vivire en una espiral en donde la maldición del tiempo me acompañará toda la vida.

Llegué al diván por cosas más serias, pero en una de las primeras sesiones confesé: “Tengo un terrible complejo de mala lectora: nunca leí *Héroes en zapatillas*”. Es cierto que el complejo no me había impedido licenciarme en Historia, como luego haría en Psicología. Pero, a pesar de pruebas irrefutables, seguía en mi empeño de iletrada. Quizá este complejo se unía a otros descalabros sonados --quiero

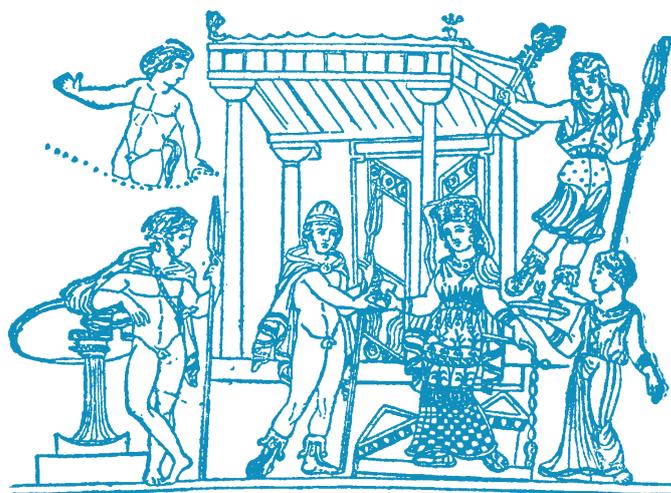
pensar que por culpa de la dislexia— que me llevaron a confundir términos como etimasía y eutanasia o mausoleo y *mauseolo*, que nada quiere decir. Confundía también Matrix con Matritum, venia con benemérita o alcaparra con alcahueta. Sí, lo sé, desternillante. También hacía bailar a los números, especialmente a los romanos, cambiaba Carlos II y Felipe IV por Carlos IV y Felipe II, que, como sabemos, ni siquiera pertenecen a la misma dinastía. Estas confusiones, que provocaban en otros carcajadas o estupor, a partes iguales, a mí me llegaban a aturdir; confusiones de la *Psicopatología de la vida cotidiana*, pero que proporcionaban también algunos socavones en mi expediente si las dejaba por escrito.

Cuando en 2013 leí *Melancolía* de Laszlo Foldényi [3] saldé con placer una deuda pendiente de treinta años. Vista desde mi biografía, la lectura de *Melancolía* fue contundente: la posibilidad de dejar tranquilo el pasado a cambio de comprometerme a una búsqueda de futuro, búsqueda continua, porque *Melancolía* no es, en absoluto, un libro cerrado, es, más bien, algo que no se agota. Buscar cada héroe, emparentar a los dioses mitológicos, localizar los frescos de Luca Signorelli forman parte de los efectos de su lectura.

Melancolía guardaba otra riqueza, la reflexión sobre nosotros. Pregunta por nuestros orígenes, si es verdaderamente la Civilización Griega la base que nos sostiene, si es nuestro origen y nuestro destino. ¿Qué compartimos con aquellos locos adivinos melancólicos de la Antigüedad?

No sé qué hubiera pasado de haber leído *Héroes en zapatillas* con siete años, quién sabe si me hubiera costado mucho más desaprender que no somos como los griegos, porque yo, solo con ver aquellos dibujos, me identificaba plenamente con ese montón de chiquillos del Rey Príamo y con sus guerras de

almohadas, con ese lado más humano de los héroes, el de estar por casa. Quién sabe, lo mismo recuerdo especialmente aquellos dibujos por lo asombroso que me parecía un padre criando a tanto niño, y entonces estaríamos hablando de nuevo de la función paterna o del Complejo de Edipo, que, como todos sabemos, también era griego. Qué difícil saber si somos como ellos; qué complicado diferenciarnos si no lo somos.



LA HISTORIA PASADA Y LA HISTORIA FUTURA

La pandemia me pilló con *Burbujas* en la mano, un cómic de Daniel Torres [4]. Se trata de la historia de un hombre de mediana edad que habla de la existencia, de la crisis de pareja, del paso del tiempo, de las diferencias generacionales... y del dolor de espalda. El protagonista bien podría ser uno de nuestros pacientes, pero en lugar de una consulta busca un acuario donde, observando a los peces, saca adelante un ejercicio de introspección que le vale como autoanálisis, aunque nosotros pensemos que el autoanálisis no vale. Los primeros días de la pandemia fueron tan extraños que lo terminé en seguida. También extraño.

Entonces decidí consultar otra deuda del pasado. Quizá fuera un buen momento para releer *Historia de Europa desde 1870* del

británico James Joll [5]. Este manual fue uno de mis favoritos durante la carrera. Lo presté y lo perdí, como pasa tantas veces. Pero las posibilidades actuales permiten, si tienes un poco de paciencia en la espera, adquirir uno de segunda mano, porque, por supuesto, está agotado. Ventajas de la globalización.

No tenía la intención de releerlo entero, en absoluto. En realidad, solo quería resolver una duda: me intrigaba qué ponía en el quinto capítulo, que recordaba con tanta amnesia -- menudo oxímoron-- en lo referente a su contenido y también con tanta fascinación.

Como cuando soñamos y no recordamos el qué, pero tenemos certeza del estado emocional en el que nos hemos sumergido. No tenía ni idea de qué era aquello tan maravilloso que escondían esas páginas, es más, me temía una desilusión de esas que llegan con la edad. El Capítulo 5 se titula *El liberalismo y sus enemigos*, y la segunda mitad es un selecto recorrido por el pensamiento europeo de principios del siglo pasado.

Ya lo entiendo: en el libro de Joll se fraguó mi interés, el intelectual, por el psicoanálisis. Increíble no haber caído hasta ahora en ello. La pandemia me ha dado la oportunidad de parar y descubrir. Como dice un paciente deportista muy activo y muy rápido: “Después de una gran carrera desde medio campo es necesario pararse, aunque sea un instante, para pensar cómo encarar la portería antes de meter gol”.

**«DURKHEIM
DENOMINÓ ANOMIE A UNA
FALTA DE NORMAS
RECONOCIDAS, DE FORMA
QUE LOS HOMBRES YA NO
SABÍAN CUÁL ERA SU
PUESTO.»**

Joll explica cómo Gustave Le Bon y Graham Wallas planteaban sus tesis sobre el lado irracional del hombre en cualquier planificación política, y Max Weber, cuya vida de estudio se vio interrumpida por varios brotes neuróticos, ahondó en los móviles irracionales y la supervivencia inconsciente de creencias del pasado. Durkheim, en *El suicidio*, explicaba algunas de las características que hacían vulnerable a la sociedad industrial contemporánea. Como consecuencia de los rápidos cambios económicos y del predominio de las doctrinas del *laissez-faire* que acompañaban a aquéllos, la sociedad ya no estaba cumpliendo la función de coartar al individuo y de trazar unos límites claros. Una de las causas del aumento de suicidios era el hecho de que los deseos de los hombres eran ahora ilimitados, continuamente frustrados y fracasados. Durkheim denominó *anomie* a una falta de normas reconocidas, de forma que los hombres ya no sabían cuál era su puesto. “*Los apetitos que la industria pone en marcha -- escribió Durkheim-- se encuentran liberados de toda autoridad constructiva. Esta apoteosis del bienestar material, por así decirlo, ha colocado los apetitos económicos, al sacrificarlos, por encima de toda ley humana*” [6].

Pensar que todo esto fue escrito hace ya 120 años y sintetizado por Joll hace 50; esto de la caída de la función simbólica, tan de ahora.

Según Joll, fue cambiando la concepción del tiempo, de la memoria y del espacio, de Proust a los cubistas. Se buscaron nuevos modos de analizar la sociedad y el individuo, y nuevos modos de ver, describir o representar el mundo exterior. Y, a pesar de todo, quizá fueran las teorías de Freud las que surtieron un efecto más profundo sobre la consciencia de los europeos, llegando a poner en duda algunas de las creencias establecidas y afectando profundamente a los códigos morales y éticos. “Ningún resumen puede hacer justicia a la sutileza de su pensamiento y a la elegancia de su estilo” [7].

Cuenta Joll que a Freud le interesaba principalmente su aplicación clínica en el tratamiento de las neurosis, y que solo más tarde empezó a preocuparse por las implicaciones sociales y filosóficas más amplias de su obra; sin embargo, esta tuvo, desde el principio, importantes consecuencias para la teoría social. No solo transformó nuestra comprensión de la naturaleza humana, sino que también llevaba implícita una concepción del hombre en sociedad. *“Weber, por su parte, estaba preocupado en 1907 por este aspecto de las enseñanzas de Freud y, en una controversia con uno de los discípulos de este, expresó su inquietud por las posibles consecuencias de las teorías de Freud si estas eran aplicadas fuera de la sala de consulta, desequilibrando el precario equilibrio moral de la sociedad”* [8].

Insiste en que Freud fue uno de los pocos grandes pensadores que no predicaron una solución general para los males de la humanidad. El psicoanálisis, según Joll, al hacer que el individuo se enfrentara directamente incluso con los hechos más desagradables de su propio pasado, iba destinado ni más ni menos a hacer la vida más soportable, permitiéndole adaptarse a las exigencias y tensiones de la vida cotidiana. En conclusión, nos dice Joll, debemos, mediante un esfuerzo de introspección, ampliar el modo de adaptarnos al mundo en el cual vivimos, no de cambiarlo. Ajustándose a sí mismo, el hombre se ajusta a la sociedad [9].

EL PRESENTE: LOS DUELOS QUE NOS PERMITEN RECUPERAR LA LIBERTAD

Cuando terminé con la revisión de la *Historia de Europa* se me ocurrió empezar *Bomarzo*, una novela que narra la vida de Pier Paolo Orsini, un príncipe del Renacimiento. Tampoco la leí cuando tocaba. Estoy empezando a pensar si la dislexia en lugar de representar una traba, no me procura placeres justo en el tiempo en que los necesito.

Bomarzo es una reflexión de la relación entre mortalidad e inmortalidad:

Vibraba alrededor la frase que mi padre había escrito debajo de mi horóscopo, con su letra insolente, aristocrática: *Los monstruos no mueren*. Sí mueren: los monstruos mueren también; todos morimos; la inmortalidad —me lo había confiado mi abuelo, el cardenal, en su agonía— es la voluntad de Dios; la única; un día morirán los monstruos de piedra erigidos por mi orgullo [10].

Dice Juan Luis Arsuaga que en la actualidad se le atribuyen a la ciencia cualidades que en otro tiempo se han atribuido a la religión, como la inmortalidad. El paleontólogo advierte que pensar que la ciencia puede sustituir a Dios es volver a caer en el pensamiento mágico. Lejos de ello, la verdadera ciencia pone al ser humano frente a sus limitaciones y le obliga a renunciar [11]. Recomiendo el artículo porque no tiene desperdicio.

Todo lo que tiene que ver con el duelo y la melancolía me interesa. He vuelto a leer a Freud porque durante la pandemia muere mucha gente y se reactivan duelos no concluidos -o trocitos, lascas, esquirlas de duelos no concluidos- que, de no ser por lo que estamos viviendo, quizá no revisáramos. Durante la pandemia mueren también Marcos Mundstock, Michael Robinson y Juan Genovés. Me conformo, han vivido y han podido legar su humor, su acento y su arte, pero me da pena. Al menos no mueren por muerte violenta. Para poder hacer un duelo necesitamos hablar, que es lo que estoy haciendo ahora.



En mitad de *nuestra pandemia* en otros lugares del mundo viven las suyas propias, lejos de alcanzar el pico de la curva: un hospital de Kabul de *Médicos sin fronteras* recibe un ataque atroz que mata a madres parturientas con sus recién nacidos. Con esto no me conformo: espero no conformarme nunca. Junto con la muerte de Aylan Kurdi, el pequeño sirio de tres años que murió en el Mediterráneo como su hermano y su madre, es la imagen que más me ha impactado en la última década.

Estaba tratando de pensar en ello sin desesperarme, cuando aparece una nueva imagen que anuncia una nueva atrocidad, la que acaba con la vida de George Floyd. De nuevo. Un policía ha matado a un hombre; un hombre ha muerto. Además de la melancolía, urge seguir estudiando la violencia y la maldad in-humana. Necesitamos descubrir muchas más vacunas. No desfallezcamos y sigamos analizando los monstruos que contiene el ser humano para acabar con ellos.

Más o menos como todos, he cambiado los hábitos de higiene: dejo los zapatos en el armario de la entrada y me muevo por casa descalza, en calcetines o en zapatillas. De repente emerge la idea: ¿somos héroes en zapatillas? Me río, de un cómic salto a otro y pienso en *Don Pantuflo Zapatilla*, quien fue, además del padre de *Zipi y Zape*, “*Catedrático de Numismática, Filatelia y Colombofilia, a quien le gustaba fumar en pipa y leer el periódico*” [12]. Comparto con él lo del periódico y la numismática, que también estudié en su día, aunque no aprendí mucho, la verdad.



Una de mis pacientes reía por no llorar: “María, mañana me pongo un delantal y la corona del Burger King para entrar en la UCI”.

No, no existen los héroes tal y como los hemos estudiado y leído, aunque en este tiempo sí existen las heroicidades. Atender a más de 60.000 partos durante un año en Afganistan o trabajar sin equipos de protección en España, ambas lo son. Una de mis pacientes reía por no llorar: “María, mañana me pongo un delantal y la corona del *Burger King* para entrar en la UCI”. La cosa es seria. Banksy, ese que anda por ahí escondido contando verdades consistentes, ya los ha dibujado con capa. Banksy, una especie de Quino o de El Roto, pero inglés, o eso creemos. Les agradezco mucho sus dibujos, sobre todo cuando me topo con la dificultad de armar las palabras. Cada día disfruto más del humor gráfico.

Se me ocurre otra heroicidad, la de Collin Kaepernick, un deportista que se enfrentó delante de millones de personas y también de Trump: hincó su rodilla y bajó la cabeza como acto simbólico cuando sonaba el himno de Estados Unidos. Una nueva llamada de atención al mundo y una protesta frente a un país y un himno racista. Pero fue también un sacrificio porque desde entonces no ha vuelto a ser fichado por ningún equipo. ¿Héroes o mártires?

El 8 de enero del 2015 me pregunté qué hacía Elsa Cayat, una psicoanalista tunecina de nacimiento y francesa de nacionalidad, entre las víctimas de la redacción del *Charlie Hebdo*. Elsa Cayat era cronista, escritora de no ficción, periodista y caricaturista, además de psiquiatra y psicoanalista. Cada dos semanas escribía en la revista una crónica llamada *Charlie Divan*.

En lo que a mí respecta, en los últimos días también he querido arrodillarme por el racismo, pero he optado por seguir en mi puesto desempeñando mi función. Me he atrevido a formar grupos por videoconferencia, que parecen estar funcionando; la atención a distancia a pacientes individuales la practico desde hace años. También he atendido algún caso que se ha tornado difícil, urgente, incluso peligroso. Con algún paciente lo he pasado mal, he sentido miedo. Como dice Daniele Giglioli: *“El miedo es un sentimiento primario: podemos fingir ante los demás, pero no ante nosotros mismos, ni creer que tenemos miedo sin experimentarlo de verdad”*. He tratado de arrimar el hombro, de hacerlo lo mejor posible, pero sin heroicidades aunque iba en zapatillas. Y como no soy negra ni china he podido permitirme el lujo de ampliar mi libertad porque, en mi caso, que tengo ciertas garantías externas, tanto el encuadre como la libertad dependían de mi mente, creo que por eso he podido atender en zapatillas y sentirme libre, como en casa; libre entre estas cuatro paredes desde donde escribo.

Libre... Librería... Me han escrito de la librería, me dicen que ya tienen el cómic que les encargué, Memorias de un hombre en pijama, de Paco Roca. Qué tranquilidad saber que mi librería no ha muerto.

Libre, ría!

MARÍA
FERNÁNDEZ OSTOLAZA [15]

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- [1] Pisani, A. *Héroes en zapatillas*, Paulinas, 1972.
- [2] Gombrich, E., *Breve historia del mundo*, Península, 1999.
- [3] Foldényi, L.F., *Melancolía*, Galaxia Gutenberg, 2008
- [4] Torres, D., *Burbujas*, Norma, 2009
- [5] Joll, J., *Historia de Europa desde 1870*, Alianza, 1976
- [6] Joll, J. Idém, pp. 162-163
- [7] Joll, J. Idém, pp. 165-166
- [8] Joll, J. Idém, pp. 171-172
- [9] Joll, J. Idém, p. 173
- [10] Mujica Láinez, M., Bomarzo, Seix Barral, 1986, p. 601
- [11] BBC News, Entrevista a Juan Luis Arsuaga, Coronavirus: *“Ya va siendo hora de que la humanidad sea adulta y empiece a decidir qué cosas no puede hacer”*, 6 de mayo 2020, <https://www.bbc.com/mundo/noticias-52458849>
- [12] Giglioli, D., *La crítica de la víctima*, Herder, 2017
- [13] Médicos Sin Fronteras, *Ataque al hospital maternal en Afganistán*, 14 de mayo 2020, <https://www.msf.org.ar/actualidad/ataque-al-hospital-maternal-afganistan-fue-tiroteo-sistemático-contra-madres>
- [14] Roca, P., *Memorias de un hombre en pijama*, Astiberri, 2011.
- [15] María Fernández Ostolaza. Psicoanalista, miembro titular del C.P.M.

